

# Los Leones y Los Unicornios

Por María Carolina Geel

Fernando Emmerich  
LOS LEONES  
Y  
LOS UNICORNIOS



EDITORIAL EL ROBLE LTDA.

**E**STE nuevo volumen de cuentos de nuestro Agregado Cultural en la Embajada en Bonn, Fernando Emmerich, trae la grata lectura que él suele ofrecernos.

De estos cuentos consideraremos dos de muy especial relevancia. Ambos difieren totalmente uno de otro y del resto de la colección. Intentaremos aquí señalar esa disparidad.

El primero, titulado "Platón en Yungay", es un cuento humorístico desde el comienzo hasta el último párrafo. El otro, "El Desván y el Viento", superior en cuanto al estilo dentro del arte de escribir, contiene unas páginas que no sólo abren un amplio paréntesis en el curso del cuento mismo sino, como decimos, en el de todo el conjunto de relatos. Tal paréntesis deja la impresión de que el autor escribía entregado por dentro al sagrado deber de recrear una experiencia estética. Pero también acude la pregunta: ¿Escribía él ahí *presente* o son esas páginas el fruto de una intensa visión de la memoria retrocediendo hacia lo allí vivido, sentido, mirado? Sólo él lo sabe...

La lectura de este cuento, hecha en pleno temporal —tremendo e incesante aluvión caído en estos días sobre el centro de nuestro país— y mirándolo inacabable desde las ventanas despertaba la conocida reflexión sobre la frágil frontera entre lo bello y lo terrible; también venía el recuerdo de un verso, uno solo, del poeta peruano, tal vez el más grande de ese país, César Vallejo: "y moriré en París con aguacero".

Aunque con frecuencia ocurre que al citar pasajes de un escrito que estamos admirando ellos no dan cabal co-

nocimiento de su real alcance en el propio texto, vale aquí transcribir siquiera el siguiente: "Un repentino torbellino trastornaba el patio, como si el viento, encerrado, pugnara por salir, furioso, enredado entre las ramas de los almendros, con las cuales azotaba las ventanas. De pronto se sentían ruidos violentos, algunos alarmantes: portazos, portazos golpeándose; alguna lata, una plancha de pizarra. Algo se había desprendido de una techumbre y volaba peligrosamente, vibrando, arrasando después, chocando contra un árbol, contra un muro. Sonaban los vidrios de las ventanas alcanzados por puñados de piedrecitas, y de súbito la lluvia se descargaba sobre los techos desgranándose con ruidosa espectacularidad (...); por momentos arreciaba, llovía torrencialmente, y se la sentía chorrear sobre algún pequeño patio de cemento, desde las canaletas...". Aunque el autor sitúa la escena en un lugar aledaño a Valparaíso, es en éste, el Puerto más fascinante del mundo, donde uno recuerda el viento alocado, las lluvias desenfundadas.

Despertando así el goce de leer, intenta uno saber de dónde provino ese agrado, tan de pronto y a pesar de tener ya en mente un vago no respecto de los dos cuentos anteriores. Pero como ocurre siempre sólo se sabrá a medias ante el eterno secreto del ingenio literario —y de todo arte por lo demás—. Como quiera que sea, diremos que, personalmente, esas dos o tres páginas nos han impresionado como las más bellas y "reales" que conocemos en cuanto a descripción de las llamadas precipitaciones.

Se puede reprochar quizá a este relato el recurso o tema usado, más que mucho, por novelista y cuentista, o sea la descripción de un desván lleno de cosas antiguas de toda especie, particularmente vestimentas de damas de otrora y fotografías de ascendientes. Pero tal vez esta descripción resulte aquí más desvalida no sólo por su repetido uso en el género narrativo sino a causa de su vecindad con la riqueza apasionada de aquella viva escena de las lluvias sobre el puerto.

Ahora veamos el festivo relato titulado "Platón en Yungay". Contiene éste un argumento difícil, y hasta espinudo. Y pues, ocurre que es uno de los cuentos de construcción más perfecta entre los que recordamos haber leído últimamente. El autor ensambla los hechos, los diálogos, los caracteres casi casi inverosímiles de los personajes, de modo impecable y fluidamente transferidos al lector.

En toda narración hay personajes "presentes" y personajes "aludidos". Aquí, ni siquiera los segundos dejan de ser la pieza exacta, necesaria, que calza mismamente donde debe calzar y cuándo, como ocurre, *exempli gratia*, con la empleada, con la vecina, y aún puede llegar a decirse que ello ocurre con las cosas inertes como la "Chaleca" del marido doliente o la cama de la esposa, antes todos que van desenvolviéndose cómodamente en el donoso estilo que el autor ha impreso en su redacción. Aguéguese por último que toda la concisa historia mantiene escenas y conversaciones inesperadas que van creando un original suspenso sobre el fin a

que irán a parar todos, fin que por cierto se aleja de lo habitual... incluido en el propio y feliz narrador.

Y una relación inesperada. Por una casualidad bastante curiosa alguien nos pasa uno de los últimos números de la revista internacional alemana "Humboldt", en castellano. Pues, en la página 42 aparecen, inesperados, un título y un autor: "Thomas Mann y Latinoamérica", por Fernando Emmerich. Se trata de un estudio entre biográfico y literario que llama la atención por un sentido crítico como aligerado para rehuir de cualquier pedantería erudita. Vale destacar su breve y burlona alusión a André Gide anotando en su famoso Diario el "aburrimiento creciente de la fastidiosa novela" de aquél, "José en Egipto". De veras humorístico resulta el caso de los críticos chilenos que han hallado influencia de Thomas Mann en el estilo de Emmerich cuando éste aun no lo había leído.